



Miguel León-Portilla

“Fray Bernardino de Sahagún y la invención de la antropología”

p. 9-27

Bernardino de Sahagún: quinientos años de presencia

Miguel León-Portilla (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2002

280 p.

(Serie de Cultura Náhuatl. Monografías 25)

ISBN 968-36-9920-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 29 de junio de 2018

Disponible en:

www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/393/quinientos_sahagun.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN Y LA INVENCIÓN DE LA ANTROPOLOGÍA

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM
y El Colegio Nacional

¿Es posible sostener que fray Bernardino de Sahagún fue pionero de la investigación antropológica, siendo que la motivación de sus pesquisas fue erradicar las creencias y visión del mundo de los nahuas, tenidas por él como origen de execrables idolatrías alentadas por el Demonio? Y, ¿cómo puede ser admirado este fraile del que conocemos que nació en 1499, precisamente por un documento de denuncia en contra de un hermano suyo de hábito, el también célebre cronista fray Toribio de Benavente Motolinía?

Graves son estos dos cuestionamientos. En pocas palabras ponen ellos en entredicho a la persona y la obra de quien atrae aquí nuestra atención. Comenzaré con el segundo cargo, es decir, el de la denuncia, por cierto nada menos que ante el Tribunal de la Inquisición. La documentación que acerca de esto conserva el Archivo General de la Nación correspondiente al año de 1572 da testimonio de lo que entonces fue a declarar fray Bernardino. El dicho Tribunal llevaba muy poco tiempo de actuar en México ya que su establecimiento formal había tenido lugar el 4 de noviembre de 1571. La comparecencia de Sahagún ocurrió el 14 de agosto del año siguiente. En lo que concierne al denunciado, fray Toribio de Benavente Motolinía, éste había muerto también muy poco antes, el 9 de agosto de 1569. He aquí el texto de la denuncia:

Testigo fr.
Bernardino
de Sahagun
juramento
Hedad 73
obra de fr. Toribio
de Motolinía o de
benavente, fraile

En México, catorze días del mes de agosto de mil y quinientos y sesenta y dos años, ante el Sr. Inquisidor doctor Moya de Contreras, en su audiencia de la mañana, pareció sin ser llamado juró en forma de derecho de dezir la verdad fray Bernardino de Sahagún de la orden de San Francisco, residente en el Convento

francisco que
aprueba
el adivinar de los
indios

de Tlatilulco de edad de setenta y tres años y dixo quel viene a dezir y manifestar por descargo de su conciencia, viene a dezir y manifestar que por esta Nueva España anda una obra que todos entienden que es de fray Torobio Motolinía o de Benavente fraile de su orden en la qual justifica la adivinança que los yndios de esta Nueva España tenían, lo qual declara para que se advierta que de ello y se rremedie si conviniere.
Passó ante mí Pedro de los Ríos.¹

Denunció Sahagún a fray Toribio no por describir en su libro el calendario de 260 días conocido como *tonalpohualli*, sino por que lo “justifica”, es decir, por considerarlo libre de supersticiones e idolatrías. Como pocos años más tarde lo reiteró al escribir en castellano el texto de su *Historia general de las cosas de Nueva España*, ese cómputo era a su juicio “embuste o embaimiento diabólico”.² Reapareció así entonces y en muchas otras ocasiones en sus escritos la preocupación por las idolatrías. Si ella llegó a ser obstáculo que pudo malencaminar las pesquisas de fray Bernardino acerca de la cultura náhuatl, es asunto al que más adelante volveremos la atención. Interesa ahora evocar lo que puede saberse acerca de sus orígenes y formación intelectual y religiosa en España. Allí transcurrió el primer tercio de su vida, de 1499 a 1529, año en que se embarcó con otros franciscanos con destino a tierras mexicanas en las que vivió hasta su muerte en 1590.

Orígenes y formación de Bernardino de Sahagún

Es él mismo quien escribió acerca del lugar donde nació: “Yo fray Bernardino [...] natural de la villa de Sahagún, en Campos”.³ Estuvo, por tanto, su patria chica en el antiguo reino de León, en la comarca conocida hasta hoy como Tierra de Campos. En cuanto a la villa de la que tomó “su apellido” consta que, por varias razones, alcanzó celebridad. Un asentamiento existió allí desde la época roma-

¹ Baudot, “Fray Toribio de Motolinía denunciado...”, p. 129.

² *Historia General* (en adelante HG), v. I, p. 283.

³ HG, v. I, p. 32.

na, conocido como Camala. En ese lugar habían sido martirizados por su fe cristiana los hermanos y luego santos Facundo y Metodio. Del nombre un tanto alterado del primero se derivó más tarde el de la villa: Sanctus Facundus, Sanfagún, Safagún hasta terminar en Sahagún.

Situada en el Camino de Santiago, por esa villa transitaban miles de peregrinos que iban en pos del sepulcro del apóstol en Compostela. Así aparece mencionada en varias “guías de peregrinos” hacia ese gran centro de atracción de la cristiandad. En uno de esos libros se afirma que allí “deben ser visitados los cuerpos de los santos mártires Facundo y Primitivo, cuya basílica fue construida por Carlomagno”.⁴

Otras importantes edificaciones religiosas se erigieron más tarde en ese lugar, entre ellas las iglesias de San Tirso, San Juan, Santísima Trinidad y el convento franciscano de La Peregrina. Más antiguo que éste fue el monasterio que monjes benedictinos venidos de Cluny en Francia fundaron en la villa. Ésta se convirtió en centro de cultura e incluso de considerable poder político. Aunque ya en decadencia en tiempos de Bernardino, todavía mantenía algo de su antiguo fermento intelectual. Un abad del monasterio, contemporáneo del joven Bernardino, preparaba entonces una obra que hasta hoy conserva su valor y utilidad. Al abad Alfonso Ruiz se debió la publicación del monumental *Index locupletissimus, duobus tomis digestus, in Aristotelis Stagiritae opera*. (Índice riquísimo, dispuesto en dos tomos, de las obras de Aristóteles de Estagira). Esa magna aportación del renacimiento español fue publicada en la imprenta del mismo monasterio en 1540.

En cuanto a la familia de Bernardino, en realidad sólo por inferencias algo puede decirse. La atribución que algunos le han hecho del apellido Ribeira carece de fundamento ya que no se apoya en testimonio documental alguno. Lo único que puede inferirse se deriva del hecho de que, en los años veinte del siglo XVI, Bernardino se trasladó a Salamanca para estudiar en su célebre universidad. De esto parece obvio inferir que su familia gozaba de una holgada posición económica que le permitía sufragar los gastos del joven estudiante.

Años de gran provecho fueron los que pasó Bernardino en Salamanca. Por una parte fue allí testigo de acontecimientos que conmovieron a España como la rebelión de los comuneros, sofocada con violencia. Por otra, en la Universidad se abrió ante él un universo

⁴ Viellard, *Le guide du pèlerin de...*, p. 83.

de conocimientos en campos como los de la filosofía, la literatura, el derecho, la historia y la teología. Cosa probable es que por ese tiempo le fue dado enterarse de lo que se refería acerca de las tierras recién descubiertas, incluyendo la que se llamó Nueva España, conquistada por Hernán Cortés en 1521.

Sin que se conozca a punto fijo el año, consta que por ese tiempo ingresó en la provincia de Santiago de la orden franciscana. Concluidos sus estudios de derecho canónico y teología, debió ordenarse de sacerdote ya que, al embarcarse en 1529 con rumbo a México, tenía ya ese rango. Fue fray Antonio de Ciudad Rodrigo, uno de los doce, que años antes había llegado a la Nueva España, quien de regreso en la península, reclutó a fray Bernardino para igual destino. Ello implicó que éste cambiara de adscripción. De la provincia franciscana de Santiago pasó entonces a la Custodia del Santo Evangelio de México.

Al embarcarse Bernardino en San Lúcar de Barrameda con rumbo a Veracruz, lo hizo formando parte de un grupo de veinte franciscanos. A ellos se confió el retorno de varios jóvenes nahuas de noble linaje que, varios meses antes, habían viajado a España con Hernán Cortés. Es muy probable que, a lo largo de la travesía, Sahagún y los otros frailes hicieran amistad con esos jóvenes.

Los primeros años de Sahagún en México

Así como en España había vivido él los turbulentos episodios de la rebelión de los comuneros, también llegado a México presenció muy de cerca otro género de alteraciones. Se debieron éstas sobre todo a la actuación de quienes integraban la primera Audiencia de la Nueva España presidida por Nuño Beltrán de Guzmán.

En ausencia de Hernán Cortés, que había viajado a España para dar cuenta al Emperador de sus acciones, se habían incrementado los desmanes. Nuño y sus secuaces extorsionaban a los indios e incluso daban muerte a algunos principales. También se apropiaban de cuanto les apetecía, entre otras cosas de pertenencias de Cortés y sus partidarios. Con sus tropelías incurrieron en enfrentamientos con los franciscanos y de modo muy especial con fray Juan de Zumárraga, obispo electo de México. Las denuncias que éste hizo llegar al Emperador, determinaron al fin la remoción de Nuño y los otros miembros de la audiencia.

El retorno de Cortés en 1531, que casi coincidió con la llegada de cuatro de los miembros de la segunda Audiencia cuyo presiden-

te iba a ser el sabio y pacificador Sebastián Ramírez de Fuenleal, restableció el orden en la Nueva España. Durante este tiempo Bernardino había iniciado sus labores de misionero en lugares como Xochimilco, Tlalmanalco y otros de la región central de México.

Habiendo aprendido ya la lengua náhuatl, fue escogido para maestro en un importante centro de docencia para jóvenes indígenas en su mayoría de noble linaje. Dicho centro comenzó a funcionar desde 1533, aunque no abrió formalmente sus puertas sino hasta principios de 1536, conocido desde entonces como el Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Lo de imperial se debió a que fue puesto bajo la protección de Carlos V. El nombre de Santa Cruz le fue dado en recordación del colegio al que había acudido Ramírez de Fuenleal que ostentaba tal título en la Universidad de Valladolid.

Erigido al lado del convento franciscano de Santiago Tlatelolco, el Colegio de Santa Cruz tuvo maestros muy distinguidos. Por una parte estuvieron varios sabios nahuas, algunos de ellos médicos como Martín de la Cruz. Por otra, contó con la presencia de franciscanos ilustres como Andrés de Olmos, Juan de Gaona, que había enseñado en la Sorbona de París, Juan Focher, doctorado en la misma, Arnaldo Bassacio y el propio Sahagún.

Este último encontraría en Tlatelolco, donde pasó muchos años de su vida, un ambiente propicio para las actividades que iba a realizar, entre otras cosas la de formar un grupo de colaboradores de entre los estudiantes nativos en cuya preparación intelectual se esforzó. Durante los primeros años en el Colegio Bernardino escribió la que fue su más temprana aportación. Él mismo dejó dicho en qué consistió ese su primer trabajo:

Síguense unos sermones de dominicas y de santos en lengua mexicana. No traducidos de sermonario alguno sino compuestos nueva-mente a la medida de la capacidad de los indios: breves en materia y en lenguaje congruo, venusto y llano, fácil de entender para todos los que lo oyeren, altos y bajos, principales [señores, caciques] y macehuals [gente del pueblo], hombres y mujeres. Compusieronse el año de 1540.⁵

Podrá sorprenderse alguien de que en fecha tan temprana alcanzara a escribir Bernardino estos sermones en náhuatl. Explicación de cómo le fue dado hacerlo, la proporciona otro fraile que notó acerca de uno de los colaboradores indígenas de Sahagún: el llama-

⁵ Colección Ayer, M.S. 85, fol. 1r.

do Agustín de la Fuente, natural de Tlatelolco, quien “toda su vida no ha entendido en otra cosa sino en escribir para los padres fray Bernardino de Sahagún y fray Pedro de Oroz”.⁶

Concluido ese sermonario, salió por algún tiempo Bernardino a trabajar en la viña del señor, es decir, entre los indígenas, esta vez del rumbo de Huejotzingo. Él mismo alude varias veces a ese lugar y a otros en los que también estuvo, cercanos a la cabecera de ese antiguo señorío, entre ellos Cholula, Texmelucan y Calpan. Fue por ese tiempo cuando Sahagún visitó los vestigios arqueológicos de Cholula y asimismo subió al volcán Popocatepetl.

De regreso en Tlatelolco, en 1545, compartió la grande aflicción que azotó ese año a los habitantes de la Nueva España, la epidemia de *cocoliztli*. Como él mismo lo refiere, al cabo de la pestilencia diole también a él la enfermedad “y estuve muy al cabo”.⁷

Muy poco tiempo después Sahagún llevó a cabo una primera pesquisa en torno al antiguo pensamiento de las gentes nahuas. Conocía probablemente los *huehuehtlahtolli*, testimonios de la antigua palabra, recogidos por fray Andrés de Olmos. En ellos afloraba mucho de la sabiduría indígena. Aminorada ya la epidemia, se propuso inquirir sobre lo que pensaban y hacían los nahuas en aflicciones como esa. Para satisfacer su deseo alguno de los ancianos o de los médicos que vivían al lado de los estudiantes en el Colegio le respondería que en circunstancias tales invocaban al dios Tezcatlipoca. Para mostrar al fraile de qué forma lo hacían le recitó entonces el primerísimo de los textos indígenas que hizo transvasar Sahagún al alfabeto. Fue ésta la oración “con que oraban en tiempo de pestilencia para que Tezcatlipoca se la quitase”. Consta que ese texto y otros treinta y nueve *huehuehtlahtolli* los hizo transcribir hacia 1547 porque, años más tarde, en 1577, notó él que los mismos fueron traducidos al castellano “después de treinta años que se escribieron en lengua mexicana este año de 1577”.⁸

Los textos así recogidos fueron para Sahagún descubrimiento extraordinario. En ellos podía seguirse, paso a paso, lo que los nahuas expresaban en los momentos más importantes de su existencia. Había oraciones a los dioses, discursos de los principales al entronizar a un nuevo gobernante supremo, las respuestas de éste, los consejos de padres y madres a sus hijos, las palabras que se decían cuando iban a contraer matrimonio, cuando la joven casada quedaba

⁶ Baptista, *Sermonario en lengua mexicana*, páginas preliminares.

⁷ HG, v. II, p. 811.

⁸ CF, II, fol. 215d.

embarazada, la bienvenida al recién nacido, lo que hacía y decía el conocedor de los destinos anunciando lo que había de ser la vida del niño, la promesa de los padres de llevar a la criatura a la escuela, así como algunos adagios, adivinanzas y metáforas con su declaración.

Aunque no puede decirse que la recopilación de estos textos fue en sí misma una primerísima invención de la antropología realizada por Sahagún, es indudable que marcó ella el principio de su interés por adentrarse en el conocimiento de la cultura de los antiguos mexicanos. Sahagún continuaba ocupado como maestro en Tlatelolco. Varios de sus estudiantes comenzaban ya a distinguirse, y algunos de ellos que dominaban el náhuatl, el castellano y el latín, eran conocidos como “los trilingües”.

Cuando, hacia 1548, el primer virrey de la Nueva España, Antonio de Mendoza, solicitó del Colegio de Santa Cruz la preparación de un mapa de la ciudad de México y sus contornos, los *tlahcuilos*, pintores, que allí actuaban como maestros, auxiliados verosímelmente por estudiantes indígenas y quizás también por fray Bernardino y otros frailes, se abocaron a la tarea de preparar lo que se les pedía. El mapa, que hasta hoy se conserva por avatares de la historia en la Biblioteca de la Universidad de Upsala, en Suecia, no sólo es una obra de arte, sino también un extraordinario reflejo de lo que era México Tenochtitlan con su traza española y los asentamientos indígenas alrededor de ésta, cerca de treinta años después de haber sido conquistada por los españoles.

Otra obra de grande importancia se dispuso también por ese tiempo. Fue ella el que se conoce como *Libellus de medicinalibus indorum herbis* [librito sobre hierbas medicinales de los indios], nombrado también *Códice Badiano*. Se debió éste a dos antiguos maestros en el colegio, Martín de la Cruz, médico de reconocido prestigio, y Juan Badiano, un buen latinista. La obra es un herbario al modo medieval en el que las pinturas están influidas por la tradición indígena y el texto refleja los conocimientos médicos del mundo náhuatl. Este códice, concluido en 1552, fue puesto en manos de don Francisco de Mendoza, hijo del virrey.

Los quehaceres de Sahagún en Santa Cruz de Tlatelolco incluyeron por ese tiempo otra pesquisa de suma importancia. Quiso él conocer de labios indígenas lo que pensaban “al tiempo en que eran vivos los que se hallaron en la misma conquista”.⁹ Según lo afirmó

⁹ HG, v. II, p. 817.

los que fueron conquistados y supieron y dieron relación de muchas cosas que pasaron entre ellos durante la guerra, las cuales ignoraron los que los conquistaron [...] y ellos dieron esta relación y personas principales y de buen juicio, y que se tiene por cierto que dijeron toda la verdad.¹⁰

Sahagún dio así un paso más en firme. Obtuvo del Otro testimonios valiosísimos que muestran que no siempre es verdad aquello de que la historia la escriben sólo los vencedores. En este caso transcribió él, en todo su dramatismo, la que se ha llamado “Visión de los vencidos”.

Tras haber obtenido el conjunto de los *huehuetlahtolli*, textos en los que vio el meollo mismo de la “retórica, filosofía moral y teología de la gente mexicana” y también el dramático relato de lo que significó la Conquista para el hombre náhuatl, fue surgiendo en la mente de Bernardino la idea de una investigación mucho más amplia que lo llevaría a descubrir en su plenitud la realidad cultural de los nahuas. Él, que seguía hondamente preocupado por la arraigada presencia de las prácticas y creencias idolátricas entre los indios, tuvo por cierto que para sustituirlas con la implantación del evangelio era necesario identificarlas en el todo social y cultural al que se enfrentaba.

Hacia la invención de la antropología

Con tal idea en la cabeza obtuvo Bernardino de su superior provincial, fray Francisco de Toral, que le fuera mandado por santa obediencia investigar acerca de “las cosas divinas o por mejor decir idolátricas, y humanas y naturales de esta Nueva España”. Con tal propósito, y recibido el dicho mandato, describióse a sí mismo como:

el médico [que] no puede acertadamente aplicar las medicinas al enfermo sin que primero conozca de qué humor o de qué causa proceda la enfermedad [...].¹¹

Añadiendo que los “predicadores y confesores médicos son de las ánimas [...], por lo que conviene mucho que sepan lo necesario para ejercer sus oficios”.¹² En la circunstancia en que él y otros fran-

¹⁰ *HG*, v. II, p. 817.

¹¹ *HG*, v. I, p. 31.

¹² *HG*, v. I, p. 31.

ciscanos se hallaban la enfermedad más grave que a sus ojos afligía a los indígenas era la de “los pecados de la idolatría y ritos idolátricos y supersticiones idolátricas y agüeros y abusiones y ceremonias idolátricas”.¹³

Finalizando el año de 1558 o a principios del siguiente, Bernardino, según lo refiere, hizo “una minuta o memoria de todas las materias de que había de tratar”. Acompañado de cuatro colegiales, antiguos estudiantes suyos:

El principal y más sabio fue Antonio Valeriano, vecino de Azcapotzalco; otro, poco menos que éste, fue Alonso Vegerano vecino de Cuauhtitlán; otro fue Martín Jacobita de que arriba hice mención. Otro Pedro de San Buenaventura, vecino de Cuauhtitlán; todos expertos en tres lenguas, latina, española e indiana. Los escribanos que sacaron de buena letra todas las obras son Diego de Grado, vecino de Tlatelolco, del barrio de la Concepción; Bonifacio Maximiliano, vecino de Tlatelolco, del barrio de San Martín; Mateo Severino, vecino de Xochimilco, de la parte de Utlá.¹⁴

De esta suerte se trasladó al pueblo de Tepepulco, del antiguo señorío de Tezcoco-Aculhuacan. Allí, según lo escribió:

Hice juntar todos los principales con el señor del pueblo, que se llamaba don Diego de Mendoza, hombre anciano, de gran marco y habilidad, muy experimentado en todas las cosas curiales, bélicas y políticas y aún idolátricas [...] y les pedí me diesen personas hábiles y experimentadas con quien pudiese platicar y me supiesen dar razón de lo que les preguntase [...]. Otro día vinieron el señor con los principales, y hecho un muy solemne parlamento, como ellos entonces le usaban hacer, señaláronme hasta diez o doce principales ancianos y dijéronme que con aquellos podía comunicar y que ellos me darían razón de todo lo que les preguntase [...]. Todas las cosas que conferimos me las dieron por pinturas, que aquélla era la escritura que ellos antiguamente usaban y los gramáticos las declararon en su lengua escribiendo la declaración al pie de la pintura.¹⁵

Los más antiguos manuscritos, conocidos como *Primeros Memoriales*, de fray Bernardino, permiten enterarse de lo que en Tepepulco allegó. Los testimonios acerca de las cosas divinas, textos acompañados de pinturas en color, comprenden la relación de las fiestas

¹³ HG, v. I, p. 31.

¹⁴ HG, v. I, p. 79.

¹⁵ HG, v. I, p. 77-78.

a lo largo de las dieciocho veintenenas del año, las formas de adorar a los dioses, el elenco de los diversos sacerdotes y la descripción de los atavíos de los dioses principales, así como veinte himnos sacros que se entonaban en las fiestas. Un segundo capítulo fue el relacionado con los cielos y lo que se halla bajo la tierra, el inframundo. Esos textos, también de muy grande interés, se continúan con las palabras de lo que pensaban los nahuas acerca del sol, la luna, la gran estrella, es decir, Venus, los cometas y los eclipses. Aparecen allí mismo con sus correspondientes pinturas las cuentas del tiempo, el *xiuhmolpilli*, atadura de cincuenta y dos años, y el *tonalpohualli*, la cuenta de los días y los destinos. El tema de las cosas humanas abarcó también dos capítulos. Uno incluye las listas de los gobernantes de México-Tenochtitlan, Tezcoco y Huexotla. También informaron a Sahagún sobre las ocupaciones de los señores, sus atavíos, manjares y bebidas, al igual que unas nóminas de hombres y de mujeres, buenos y malos. La educación que se impartía atrajo también el interés de la pesquisa. Otro tanto cabe decir sobre el origen de los chichimecas, y las palabras de amonestación al pueblo que, a modo de *huehuehtlahtolli*, transmitían las preocupaciones de los gobernantes. Lo concerniente a las cosas humanas, además de abarcar todo lo anterior, incluyó listas de nombres de parentesco, las partes del cuerpo, enfermedades y remedios, al igual que algunos de los modos de cortesía y vituperio.

El otro apartado, acerca de “las cosas naturales”, por desgracia se encuentra perdido. Es de pensarse que en él habría pinturas y textos sobre plantas, animales y minerales. Puede inferirse esto ya que en los textos que luego recogió Sahagún en Tlatelolco se concedió amplia atención a ello.

El examen de los *Primeros Memoriales* de Tepepulco permite reconstruir los cuestionarios a los que dieron respuesta los ancianos con sus pinturas y expresiones de la oralidad. Características de esta primera etapa en la invención de la antropología fueron el enfoque integral con que emprendió su trabajo Bernardino; el acercamiento a los indígenas adaptándose a su manera de preservar y transmitir sus conocimientos por medio de sus códices con pinturas y caracteres glíficos, y también por medio de la oralidad; buscar que así le revelaran ellos su mundo conservando él textualmente cuanto le manifestaron, si bien hubo de organizar luego tales testimonios. En ello su norma fue adaptarse al plan de su investigación, que se dirigía a indagar sobre “las cosas naturales, humanas y divinas”. De esto dan fe los manuscritos suyos que se conservan con los textos en náhuatl, algunas pinturas y diversas anotaciones de su puño y letra.

De nuevo en Tlatelolco

Debemos al mismo Bernardino la recordación acerca de cómo prosiguió su trabajo:

Llevando todas mis escrituras fui a morar a Santiago del Tlatilulco, donde juntando a los principales, les propuse el negocio de mis escrituras y les demandé me señalasen algunos principales, hábiles, con quien examinase y platicase las escrituras que de Tepepulco traía escritas. El gobernador con los alcaldes me señalaron hasta ocho o diez principales, escogidos entre todos, muy hábiles en su lengua y en las cosas de sus antiguallas, con los cuales y con cuatro o cinco colegiales, todos trilingües, por espacio de un año y algo más, encerrados en el colegio, se enmendó, declaró y añadió todo lo que de Tepepulco truje escrito.¹⁶

Efectivamente, lo que en su querido colegio realizó Sahagún abarcó su enriquecimiento, tan considerable, que constituyó de hecho una recopilación paralela de testimonios proporcionados ahora desde la perspectiva tlatelolca. Dichos textos se conservan hoy en día, junto con los materiales de Tepepulco, en los que se conocen como *Códices Matritenses*, por encontrarse en la capital de España, unos en la Biblioteca del Palacio Real y otros de la Real Academia de la Historia. La invención de la antropología avanzó entonces considerablemente. De nuevo las cosas divinas, o al decir de Sahagún idolátricas, las humanas y naturales fueron objeto de inquisición. Los dioses, las fiestas y ceremonias, la historia en particular de Quetzalcóatl, el calendario adivinatorio, los augurios y abuciones, la astronomía, lo tocante a los señores, a los mercaderes, y a los diversos estratos sociales, las partes del cuerpo, las enfermedades y sus remedios, el mundo de la naturaleza, animales, plantas y minerales, todo fue allí objeto de renovada pesquisa. Además de consultar con los ancianos a los que hizo referencia Sahagún, éste en su indagación acerca de materia médica se acercó a médicos nativos que le confiaron su antiguo saber. Los nombres de ellos los registró en dos lugares de lo que llegó a ser su *Historia general de las cosas de Nueva España*.

Esta estancia de Sahagún en Tlatelolco fue sumamente fecunda. Los manuscritos suyos que se conservan incluyen múltiples anotaciones que indican cómo fue distribuyendo sucesivamente sus

¹⁶ HG, v. I, p. 78.

textos en náhuatl. También en ellos encontramos tres géneros distintos: los canónicos o de la antigua tradición, las respuestas a los cuestionarios, y las expresiones espontáneas de los ancianos. Aunque Sahagún llegó a intercalar en los textos de Tlatelolco algunos procedentes de Tepepulco, puede decirse que la mayor parte tuvo su origen en el antes mencionado. Ya en este tiempo Sahagún había desarrollado la idea de dar a todos esos testimonios la forma de una obra en cierto modo enciclopédica, de inspiración renacentista pero siguiendo una cierta tradición medieval.

Aunque perduraba en su ánimo el propósito de facilitar la identificación de las idolatrías, el acercamiento a la cultura náhuatl lo había atraído ya de tal suerte que llegó a apreciarla hondamente por sí misma. De ello darán fe más tarde algunas expresiones suyas en que pondera la elegancia del lenguaje y “las sentencias muy delicadas”¹⁷ de las oraciones a Tezcatlipoca y el hondo contenido moral de las palabras de los padres a sus hijos que, a juicio, “más aprovecharían dichas en el púlpito, por el lenguaje y estilo que están, a los mozos y mozas, que otros muchos sermones”.¹⁸

Otras tareas realizó él durante esta estancia en Tlatelolco. Pudo revisar entonces sus sermones y también añadirles unas postillas y comentarios. Aprovechando, como lo notó, viejos papeles que allí se conservaban, y auxiliado por sus informantes ancianos y sus antiguos estudiantes, puso en náhuatl una recreación prototípica de los coloquios o diálogos que tuvieron lugar en fecha temprana entre los primeros doce franciscanos llegados a México y algunos sacerdotes indígenas. Ese texto, de gran dramatismo, conocido como *Coloquios y Doctrina Christiana*, aunque trunco, se conserva en el Archivo Secreto del Vaticano. Esta estancia en su Colegio de Santa Cruz la interrumpió Sahagún en 1565, trasladándose al convento de San Francisco en la Ciudad de México.

El tercer cedazo en la investigación

Una vez más es el mismo Sahagún quien describe cuál fue el siguiente paso que dio. En su última estancia en Tlatelolco había enriquecido sus testimonios acerca de las cosas divinas, humanas y naturales de los nahuas, y había iniciado el proceso de ordenamiento de esos materiales. Luego, en el convento de San Francisco de

¹⁷ HG, v. I, p. 316.

¹⁸ HG, v. I, p. 370.

México culminó un primer transvase de los mismos en una obra de corte europeo, aunque todavía en su mayor parte tan sólo en náhuatl, es decir en la lengua que siempre empleó con sus informantes. He aquí lo que acerca de esto expresó Bernardino:

Habiendo hecho lo dicho en el Tlatilulco, vine a morar a Sant Francisco de México con todas mis escrituras; donde, por espacio de tres años, pasé y repasé a mis solas todas mis escrituras, y las torné a enmendar, y dividílas por libros, en doce libros, y cada libro en capítulos y algunos libros por capítulos y párrafos.¹⁹

Numerosas anotaciones en los manuscritos que Sahagún llamaba “sus escrituras” muestran que en su ordenamiento y organización se desarrolló un complejo proceso. Varios estudiosos han tratado de reconstruirlo y así han mostrado que hubo por lo menos seis intentos diferentes de distribuir sus textos. Ya hemos mencionado que a la postre estos quedaron distribuidos en doce libros.

En lo que concierne al propósito que él mismo tenía de realizar luego otro transvase de cuanto había allegado, esta vez presentándolo en castellano para los lectores que tenía en mente, entre ellos el Romano Pontífice, diversas autoridades reales, sus hermanos de hábito y otros eclesiásticos no familiarizados con el náhuatl, tan sólo lo había realizado en una pequeña parte.

Sahagún había dispuesto sus manuscritos en tres columnas. La del centro, que era la única concluida, registraba el texto en lengua indígena. La de la izquierda la destinaba al transvase en castellano y la de la derecha a anotaciones de carácter lingüístico. Se conservan únicamente algunos folios en que las tres columnas registran lo que él quería hacer con toda la obra. El interés lingüístico, al que numerosas veces hace referencia Bernardino, queda allí de manifiesto. Otro tanto puede decirse de su afirmación de tener ya preparado un arte de la lengua indígena y un vocabulario, así como un conjunto de salmos o cantares que, auxiliado por alguno o algunos de sus antiguos colegas, había preparado también en náhuatl para que fueran entonados en vez de las composiciones de la antigua tradición en las que encontraba elementos idolátricos. De lo que a todo esto siguió nuevamente es él quien da cuenta:

Después de esto, siendo provincial el padre fray Miguel Navarro y guardián del convento de México el padre fray Diego de Mendoza,

¹⁹ HG, v. I, p. 78.

con su favor se sacaron en blanco, de buena letra, todos los doce libros. Y se enmendó y sacó en blanco la postilla y los cantares y se hizo un arte de la lengua mexicana con un vocabulario apéndice y los mexicanos enmendaron y añadieron muchas cosas a los doce libros cuando se iban sacando en blanco.

De manera que el primer cedazo por donde mis obras se cernieron, fueron los de Tepepulco; el segundo, los de Tlatilulco, el tercero los de México. En todos estos escrutinios hubo gramáticos colegiales.²⁰

De esta suerte la invención de la antropología se produjo con un enfoque crítico. Los testimonios recogidos se confrontaron con lo que pensaban ancianos y sabios de tres lugares distintos. Y en esas confrontaciones, como reiteradamente lo expresa, “se añadieron muchas cosas”.

Sahagún supera adversidades y logra en gran parte su cometido

Trasladado de nuevo a Tlatelolco, pudo realizar con el favor del provincial y el guardián una transcripción en limpio de sus testimonios, la que se concluyó al parecer en 1569. Por ese mismo tiempo la elección de un nuevo provincial franciscano, Alonso de Escalona, marcó el inicio de una serie de tribulaciones para Bernardino. Los émulos que tenía en su propia orden, a los que alude en varios lugares, movieron al nuevo provincial a que recogiera sus papeles so color irónicamente de que en ellos se perpetuaban testimonios idolátricos. Las escrituras de Bernardino se esparcieron entonces por toda la provincia. Él, que desde un tiempo antes se había visto privado de todo apoyo, temió seriamente que todo su trabajo se perdiera.

Buscando apoyo en el Consejo de Indias y en el mismo Romano Pontífice, Sahagún preparó entonces un sumario del contenido de todos sus libros que hizo llegar al presidente del Consejo de Indias y asimismo un breve compendio que remitió al Papa. Así las cosas, transcurrieron casi cinco años hasta el de 1575 en que, como lo escribió Sahagún, “en este tiempo ninguna cosa se hizo en sus escritos”.²¹ Tan sólo la llegada a México de fray Miguel Navarro como comisario franciscano determinó que las cosas cambiaran en favor suyo. Ordenó el padre comisario que se recogieran los dichos

²⁰ HG, v. I, p. 78-79.

²¹ HG, v. I, p. 80.

libros o escrituras y le fueran entregados a Bernardino. Otro acontecer favorable fue la llegada un año después de fray Rodrigo de Sequera, también con carácter de comisario, el cual tenía noticias sobre los trabajos de Sahagún gracias al presidente del Consejo de Indias que le había hablado de ellos. Sequera dio su apoyo para que Bernardino hiciera finalmente un transvase al castellano de sus textos en náhuatl.

Lo que entonces llevó a cabo Sahagún, auxiliado siempre por sus escribanos y antiguos estudiantes, no fue precisamente una traducción literal del náhuatl al castellano. Teniendo en mente a quienes se dirigía el nuevo texto, dispuso una versión parafrasística, en la que unas veces resumía lo expresado en náhuatl y otras lo ampliaba con consideraciones de su propia cosecha. El nuevo manuscrito quedó concluido hacia fines de 1577. Conservado actualmente en la Biblioteca Medicea-Laurenziana de Florencia, se conoce como *Códice Florentino* de la *Historia general de las cosas de Nueva España*.

El texto, originalmente en cuatro volúmenes y más tarde, reencuadrado, en tres, se presenta en dos columnas, la de la izquierda con la versión parafrástica en castellano y la de la derecha con los testimonios en náhuatl. En la columna de la izquierda están intercaladas 1855 ilustraciones además de tres elencos calendáricos. Tal número contrasta con el de 544 de las pinturas de los *Primeros Memoriales* recogidos en Tepepulco. En estos últimos la tradición pictográfica indígena es todavía bastante visible, en tanto que en las ilustraciones del *Códice Florentino* la influencia europea es inconfundible. Podría decirse que en los *Primeros Memoriales* el texto en náhuatl viene a ser la declaración de la correspondiente pintura en los casos en que la hay. En cambio, en el *Florentino* las ilustraciones constituyen una “lectura” o interpretación de lo que expresa el texto indígena. En otras palabras allí las ilustraciones, junto con la versión castellana parafrástica, se han preparado para que el lector europeo se acerque más fácilmente a los testimonios aportados por los informantes nativos.

Gracias al texto en castellano es posible enterarse de muchas cosas no incluidas en los testimonios en náhuatl. Pero, a la vez, no todo lo que se transcribió en náhuatl en los *Códices Matritenses*, se copió en el *Florentino*. En este sentido los *Matritenses*, que incluyen también los *Primeros Memoriales* o manuscrito de Tepepulco, son de obligada consulta para quienes deseen conocer íntegramente lo obtenido por Sahagún en sus pesquisas.

Entre las cosas que sólo el texto en castellano ofrece están los prólogos que antepuso Sahagún a cada uno de los doce libros de su

Historia. En ellos, como lo hemos visto citando varios párrafos de los mismos, da a conocer cuáles fueron los motivos que tuvo para investigar. Estos en esencia fueron cuatro. Uno consistió en su deseo de acercarse integralmente a la cultura náhuatl. Muy relacionado con éste sobresale el propósito de facilitar con ello la implantación del evangelio y la erradicación de la idolatría. El aspecto lingüístico tuvo también un interés muy grande. Él mismo así lo notó: “por mi industria se han escrito doce libros del lenguaje propio y natural de esta lengua mexicana donde, allende de ser muy gustosa y provechosa escritura, hallarse han también en ella todas las maneras de hablar y todos los vocablos que esta lengua usa”.²² Motivación, también vinculada a las tres anteriores, fue la de ayudar a sus hermanos de hábito y a todos cuantos lo quisieren, a una comprensión no ya sólo de la cultura y de la lengua nahuas sino también de lo que Bernardino describió como “el quilate de esta gente que echa el pie delante a muchas otras naciones”.²³

Noté al principio que el propósito de identificar las idolatrías, justamente para erradicarlas, ha sido señalado por algunos como algo que desvirtúa de raíz todo el trabajo de Sahagún. Este en otros varios lugares de su *Historia* incluyó declaraciones, unas considerablemente extensas y otras más breves para confutar, como él lo dice, la idolatría. Así, al final del libro primero, dedica no pocas páginas a esto, execrando individualmente a varios de los dioses adorados por los nahuas. Otro tanto hace al tratar de las fiestas y sacrificios en el libro segundo. Además, al final del cuarto, incluyó un apéndice en que contradice a Toribio de Benavente Motolinía —al que, según vimos, denunció ante la Inquisición— por haber tenido como inocua la cuenta de los días y los destinos. El obsesionante tema de las idolatrías reaparece en otras notas o disertaciones que intercala en varios lugares de los libros décimo y undécimo a expensas de partes del texto en náhuatl conservado en los *Códices Matritenses* y que no incluyó en el *Florentino*.

A todo lo anterior podría sumarse otra objeción que conoció ya Sahagún en su propia vida. Fue ella la de quienes pensaron —como lo expresa él mismo en el prólogo al libro sexto de su *Historia*— que “todo lo escrito en estos libros antes de éste y después de éste, son ficciones y mentiras”.²⁴ El reproche ha sido repetido en tiempos modernos por algunos estudiosos que han supuesto

²² HG, v. I, p. 36.

²³ HG, v. I, p. 33.

²⁴ HG, v. I, p. 305.

que los informantes engañaron con frecuencia a Sahagún en lo que le manifestaron.

La gravedad de estos reproches —el de haber procedido para extirpar idolatrías y el de haber sido engañado o confundido por los ancianos y principales— obliga a su consideración. Es indudable que identificar idolatrías para erradicarlas fue no sólo una de las motivaciones principales de Sahagún sino casi una obsesión hasta el fin de su vida. Ahora bien, justamente el propósito de identificarlas lo hizo proceder con la mayor cautela. Por eso sometió sus testimonios al triple cedazo de sus informantes en Tepepulco, Tlatelolco y México. Sólo tuvo por cierto aquello en que convergían los testimonios allegados en esos tres lugares. Además, el hecho de que identificara cuáles eran las idolatrías más recurrentes y para él abominables como invención del demonio, no le impidió llegar a apreciar muchos aspectos de la cultura indígena. Como ya me he referido a esto, no creo necesario insistir en este punto. Notaré al menos que Bernardino, según lo ha señalado el filósofo Luis Villoro:

Reconoce la belleza y elevación de las preces del indio, sin dejar de pensar en el radical engaño. Con su actitud deja a salvo la intención del Otro y el valor, a sus ojos de su mundo, pero a la vez condena su verdadero ser [...]. La civilización azteca, sostiene Sahagún, estaba adaptada a las inclinaciones naturales de sus creadores. Por ello alcanzó gran virtud. Los españoles, en cambio, destruyeron el regimiento que el indio había laboriosamente edificado, aniquilaron su estructura social e intentaron reemplazarla por otra del todo distinta [...]. Nadie puede sobrevivir, sin perderse, a la destrucción de su mundo cultural.²⁵

En lo que concierne al reproche de que Sahagún fue engañado por sus informantes, él mismo respondió a quienes en vida lo criticaron. De ellos dijo que

hablan como apasionados y mentirosos porque lo que en este volumen está escrito, no cabe en entendimiento de hombre humano el fingirlo ni hombre viviente pudiera contrahacer el lenguaje que en el está; de modo que, si todos los indios entendidos fueran preguntados, afirmarían que este lenguaje es propio de sus antepasados y obras que ellos hacían.²⁶

²⁵ Villoro, "Sahagún o los límites del...", p. 23.

²⁶ *HG*, v. I, p. 305-306.

Por otra parte, como lo he mostrado en otros trabajos, son numerosos los textos en náhuatl que recogió Sahagún cuyo contenido coincide con el de distintas páginas de varios códices y también, en ocasiones, con hallazgos de la arqueología y, por supuesto, con otras fuentes escritas. Entre estas últimas pueden citarse la *Historia* de fray Diego Durán, y diversos relatos en *Anales* como los de Tlatelolco y Cuauhtitlán.

Un balance de la vida y obra de fray Bernardino

El acercamiento integral a la cultura de los pueblos nahuas, tal como lo realizó Sahagún, no sólo puede documentarse a través de sus manuscritos sino que, por las numerosas anotaciones que incluyó en ellos, puede recrearse paso a paso. Esto último le confiere un interés excepcional. La metodología que adoptó en sus investigaciones fue ciertamente pionera. Valiéndose siempre de la lengua indígena, con auxiliares nativos diseñó cuestionarios que han podido ser reconstruidos. A la par hizo transcribir textos canónicos de la antigua tradición y, en otros casos, expresiones espontáneas de sus informantes.

El interés lingüístico que acompaña toda su empresa confiere a ésta un valor muy grande. Sahagún fue consciente de la importancia de la lengua para ahondar en la visión del mundo de un pueblo. El caudal de los testimonios que allegó, el hecho de haberlos sometido al triple cedazo crítico, su apego a la forma indígena de preservar y transmitir sus conocimientos, valiéndose de pinturas y signos glíficos y de la oralidad, es también garantía de la veracidad de cuanto hizo transcribir. Incluso en su afán de identificar idolatrías para sustituirlas por prácticas y creencias cristianas, actuó guiado por la idea de comprender al Otro, que finalmente lo llevó a apreciarlo grandemente. Por todo esto, gracias a él se produjo la invención de la antropología.

No parece ya necesario recordar con detalle lo que fueron los últimos años en su vida. Valga decir que el comisario franciscano fray Rodrigo de Sequera llevó consigo los libros de su obra en náhuatl y castellano con cientos de ilustraciones que hoy conocemos como *Historia general de las cosas de Nueva España*. Puede también evocarse el hecho de que Sahagún tuvo que hacer entrega al virrey de otros manuscritos suyos —verosíblemente los que hoy se conocen como *Códices Matritenses*— para que éste los enviara al rey Felipe II que se los había demandado.

Digamos ya tan sólo que en la última década de su vida, si bien pudo ver publicada su *Psalmodia Christiana* en 1583, única obra suya impresa en su vida, en cambio no supo más acerca del destino de sus testimonios en náhuatl y su *Historia*. Triste cosa es recordar también que ya muy anciano se vio envuelto en un conflicto interno de su orden. Incluso se vio excomulgado por otro comisario franciscano, fray Pedro Ponce, tan falto de caridad como irreflexivo.

Concluamos diciendo que el bueno de fray Bernardino casi hasta su última vejez, teniendo ya más de noventa años, continuó trabajando. Rehizo así algunos de los libros de su *Historia* y se propuso dar nueva forma al arte de la lengua mexicana que de tiempo atrás había preparado. Al cronista Domingo Francisco Chimalpain Cuauhtlehuanitzin debemos dos sentidos testimonios en los que quiso poner de relieve los méritos de fray Bernardino:

Escribió, según lo que interrogó a los que eran ancianos en tiempos antiguos, a los que conservaban los libros de pinturas, según lo tenían pintado en ellas, allá, en tiempos antiguos, los que eran ancianos. Gracias a ellos habló de todas las cosas que sucedieron en la antigüedad.²⁷

Y en otro lugar, después de esta ponderación de lo que fue la obra de Sahagún, Chimalpain escribió: “El 5 de febrero murió nuestro querido padre fray Bernardino. Había residido en Tlatelolco. Aquí fue enterrado en San Francisco”.²⁸

A cinco siglos del nacimiento de Sahagún, perduran su recuerdo y su vasta obra: conjunto extraordinario de testimonios indígenas, obtenidos por él con un método que es anticipo del adoptado por la moderna antropología. Él, además de dejarnos una mina riquísima para el conocimiento de la antigua cultura náhuatl, formó también escuela. Varios de sus estudiantes de Tlatelolco continuaron las pesquisas y reunieron otros testimonios de gran interés. La invención de la antropología se consumó así en México por obra de Bernardino de Sahagún.

²⁷ Chimalpain, M.S. Mexicain, Biblioteca Nacional, Paris, 74, fol. 40v.

²⁸ Chimalpain, M.S. Mexicain, 220, fol. 1r.

